

EL RAMITO DE NARDOS

Autor: JOSÉ S. ÁLVAREZ (FRAY MOCHO)

Tres meses hacía que Rosita, una íntima de mi mujer, y yo, sosteníamos unas relaciones algo más que amistosas, a escondidas ella de su consorte y yo de la mía.

Una tarde fui a su casa, y como hiciera frío, la encontré extendida en un sillón, calentando en la estufa sus piecitos mononos y coquetamente calzados.

Al verme entrar exclamó:

-¡Qué milagro!...¡Tres días que no pisas por acá!...

-¡He estado sumamente ocupado!

-(Arreglando su vestido y bajando la vista) ¿Si?...Pues me habían dicho que estabas entregado a la conquista de Josefina R....la mujer de...

-¡Son habladurías!

-(Con tono seco) ¿Habladurías?...Pues yo te he visto en el teatro la otra noche, mirándola con la boca abierta!

-¡Bah!...¿tenemos celos mi negrita?

-¿Celos?...Las mujeres como yo (arreglándose el flequillo) no conocen eso...(Haciendo un gestito). Cuando nos ofenden tomamos nuestras medidas en medio de una sonrisa y...nos vengamos alegremente...¡cómo se nos engaña!

Y al decirme esto me miró de un modo tal y me hizo un pucherito tan salado con su pequeña boquita rosada, que no pude menos que acercar mi silla a su sillón y tomarle una mano, una de sus manos blancas y gorditas.

-¿Pero mi Rosita...cómo puedes imaginarte que yo voy a jugar tu cariño contra el capricho de un instante? ¿Cómo crees que puedo desterrarme voluntariamente del paraíso en que vivo?

-¡Palabras y nada más que palabras!...No me pruebas que no quieras tener dos paraísos, o mejor dicho mudarte a otro!

--¡Pero no seas mala! (pasando mi brazo alrededor de su talle y atrayéndola hacia mí) ¿A ver?...mírame!...¿a que no me repites esas palabras crueles?...Te apuesto un beso...!

-¡No...no...déjame...Eres un falso! Pero déjate estar: yo te he de hacer corregir con tu misma mujer!

-(Riéndome) –Bueno...haga lo que quiera mi negrita!...Dame un besito...¿quieres?...uno solo...

-¡Oh...bah! ¿te has enloquecido?

-¡Dame un besito! ¿Sí?

-¡No!

-¿Sí? (y diciendo esto me incliné hacia ella, haciendo resonar la estancia con un sonoro y prolongado beso). Qué lindos nardos esos que tienes en el pecho!...Dámelos!...

-¡Pues no!...¿Lo quieres mi hijito para regalárselos a tu Josefina R....no es verdad?

-¡No seas mala! (besándola en los labios repetidas veces)...¡No seas mala!

-(Riéndose) -¡Eres un gran pillo...un zalamero!

-¡Bueno!...¿Me das los nardos?

-(Haciendo un movimiento para sacarlos). ¡Si no te puedo negar nada!

-(Apresurado). ¡No, no, espera!...¡Yo los voy a sacar con mi boca!

E inclinándome sobre su pecho y mirando su cuello alabastrino y terso como un raso, saqué de su seno el ramo de nardos blancos y fragantes que se expandía al calor de los encantos de Rosita.

Llegué a mi casa llevando en las manos aquella prueba de condescendencia con la íntima de mi mujer y fui a sentarme al lado de esta en el diván del comedor.

-¡Qué bella está mi mujercita esta tarde!

-¡Y mi esposo qué galante y qué florido!

-Sí...son unos nardos...

-¡Muy bonitos!...

-Que compré al salir de la oficina.

-¿A verlos? (Y tomando el ramo lo examinó con todo cuidado)...¿Lo compraste no?

-¿Te gusta?

-¡No...te pregunto si lo compraste!

